

El Espíritu de la verdad

Jesús habla en el Evangelio de una promesa, el envío del Espíritu Santo. “Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad”. Esta promesa la ha cumplido Dios Padre el día de Pentecostés, enviando el Espíritu Santo a su Iglesia, reunida en oración con María en el Cenáculo. A esta celebración nos preparamos dentro de dos semanas, cincuenta días después de la Resurrección del Señor. Pascua de Resurrección y Pascua de Pentecostés forman como un todo, que dura cincuenta días, la cincuentena pascual. Jesucristo y el Espíritu van siempre unidos y actúan conjuntamente, como los dos brazos del Padre (S. Ireneo).

“Que os dé otro Defensor”. El primer defensor que el Padre nos ha dado es el mismo Jesucristo, que aboga por nosotros ante el Padre como víctima de propiciación por nuestros pecados (cf. 1Jn 2,1-2). Jesús vive para siempre intercediendo en favor nuestro. El otro Defensor que el Padre nos da es el Espíritu Santo, que nos defenderá sobre todo ante el mundo, ante la mentira, ante Satanás, padre y príncipe de la mentira. El Espíritu Santo es el Espíritu de la verdad.

La verdad nos viene enseñada por dentro, y Dios la pone al alcance de todos por caminos insospechados e incontrolables por los hombres. La mentira también cuenta con muchos medios a su favor. A veces incluso con los poderes de este mundo. Pero el discípulo de Cristo cuenta sobre todo con la verdad que le viene atestiguada interiormente por el Espíritu Santo, dulce huésped del alma. El Espíritu nos enseña la verdad de Jesús, llevándonos hasta la verdad completa. El Espíritu nos explica las Escrituras y el significado de los signos de los tiempos. El Espíritu sopla donde quiere, y hemos de estar siempre atentos para escuchar su voz. El Espíritu nos enseña a amar al estilo de Jesús. “Si alguno me ama, mi Padre lo amará y yo también lo amaré y me revelaré a él”.

El Espíritu de la verdad está especialmente en la Iglesia de Cristo, la Esposa Santa del Señor, que le prolonga en la historia. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. El Espíritu se comunica en los sacramentos, que son actuaciones de Cristo glorioso. El Espíritu Santo suscita y sostiene la fe de los creyentes y asiste al Magisterio de la Iglesia para enseñar la verdad con la autoridad de Cristo. El Papa y los obispos, asistidos por el Espíritu Santo, nos enseñan la verdad con la autoridad de Cristo. El Espíritu Santo nos reúne en el amor formando un único Cuerpo. Realmente, Jesús no nos ha dejado huérfanos ni desamparados.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
27.04.2008